

Dos en uno

Mario no sabía besar. Nunca lo logró. Su primer ósculo fue en realidad, un golpe de dos adolescentes dentaduras. Un golpe seco y duro, tanto que la noche acabó en un “nos vemos mañana”. Un “nos vemos” que, evidentemente, nunca llegó.

Su segundo intento por besar tardó mucho en emerger. Los recuerdos de aquel golpe seco no le abandonaban y era él mismo quien renunciaba a la idea de repetir semejante experimento.

-“Nunca besaré a nadie”.- se decía casi diariamente mientras sus hormonas se negaban a creerlo.

Practicó una y otra vez con el espejo de su casa. Tantas que dudaba estar enamorándose de él mismo... o de su propio espejo. Tras innumerables pruebas parecía estar ya preparado para un intento más carnal.

Decidió utilizar a Eduardo, su mejor amigo, como conejillo de indias. Mario tardó en convencerle pero, finalmente, la desesperación y la amistad pudo a cualquier otro prejuicio.

-“¿Crees que podré hacerlo?”- preguntó Mario.

-“Claro que sí! Todo el mundo puede besar, no seas tarugo!!” – respondió ofuscadamente Eduardo.

Cuando sus labios se juntaron Mario comprobó que sabía besar .Y Edu decidió, quien sabe si al mismo tiempo, no quitarle a Mario... los labios de encima.